

El Cuento Semanal

LA AGONÍA DE MADRID Ó LA
COLA DEL COMETA

— por RAMÓN MARÍA TENREIRO
Ilustraciones de AGUSTÍN

30 céntimos

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

AÑO IV.—13 de Mayo de 1910.—NUM. 176

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

El nuevo gerente de "Caras y Caretas,"

Mariano Miguel de Val, el cultísimo escritor que con tanto acierto dirige la notable revista *Ateneo*, difundidora y mantenedora constante de nuestra cultura nacional, ha sido nombrado gerente en España y Portugal del más popular de los semanarios sudamericanos: de *Caras y Caretas*.

Este nombramiento es una muestra más del clarísimo sentido editorial y profundo conocimiento que de nuestra literatura tienen aquellos hermanos de corazón y de sangre que en el nuevo continente guardan para nosotros sus tradicionales afectos.

Difícilmente se hubiera podido hallar entre nuestros escritores espíritu más adecuado por su talento, actividad y buen gusto para tan honroso puesto que el de Mariano Miguel de Val.

Congratulémonos de tan acertada elección, que por modo indudable viene á garantizarnos una consolidación de la corriente franca de intercambio cultural, que en nuestros días es más viva que nunca entre la vieja España y la gran República Argentina, cuyo portavoz más grande es ese popularísimo semanario, que todo el mundo conoce con el nombre de *Caras y Caretas*.

EL CUENTO SEMANAL cree un deber agregar á los generales plácemes su felicitación más sincera para el amigo queridísimo Mariano Miguel de Val y para la revista *Caras y Caretas*, á quien está unido por lazos de compañerismo y afecto.

LIBROS Y REVISTAS

El narrador de parábolas, por Mariano Alarcón.—Este refinado escritor ha puesto á la venta un nuevo libro así titulado.

El narrador de parábolas es, según su autor, una novela trágica representable. Y, en efecto, no tiene las proporciones de una obra dramática corriente, pero adopta la forma dialogada, y toda ella es de una plasticidad y una objetividad que en la escena despertaría un interés artístico inmenso.

Es una obra histórica casi. El narrador es Jesús, é intervienen en la acción María de Magdala, Marta, la mujer adúltera, Judas Iscariote, Efraim, Nicodemo, los mercaderes del templo, etcétera. Su acción es de una intensidad y un arte extraordinarios. La composición general de la obra, afortunadísima. Pocas veces se han puesto en boca de Jesús Nazareno sus propias palabras con tanto relieve y poesía.

Saludemos en Mariano Alarcón á un notabilísimo poeta dramático que, encariñado con los asuntos bíblicos, ha sabido aunar el respeto á

los libros santos con su inspiración propia de un cantor heleno.

En la última plana del libro—que por cierto está muy bellamente editado—se leen estas evocadoras palabras: «Venecia — Atenas — Madrid, 1908-1910.» Ellas solas bastan á hacer comprender con qué espíritu de voluptuosidad y escrupulo artístico estará confeccionada esta admirabile novela. Unamos nuestro aplauso al que ciertamente habrá de rendirle todo el público español que ame las Bellas Letras.

Consultorio grafológico Grachtner

FABIO

Naturaleza en extremo impresionable y agitada. Inteligencia clara y bien cultivada; espíritu simplificador, acostumbrado á agrupar y comparar las ideas.

Actividad sostenida. Imaginación graciosa y gran sentido estético.

Carácter vivo é impaciente; voluntad dominante.

Corazón muy sensible, desprovisto de egoísmo; muy bondadoso, pero de una bondad agitada siempre á la merced de sus nervios.

Temperamento sanguíneo-nervioso y gran cansancio físico.

Bastante lógica; sinceridad nativa; conciencia algo estrecha. Orgullo de la situación. Espíritu fino y curioso. Carácter quizá algo difícil.

NOTA.—Escribase una carta, en papel sin rayar, al Dr. Grachtner, y se recibirá contestación en el número siguiente de EL CUENTO SEMANAL.

Precio de la consulta, cinco pesetas. Todo consultante tiene derecho á un tratado de grafología.

COLECCIONES ENCUADERNADAS

DE

El Cuento Semanal

Las colecciones de los años 1907, 1908 y 1909, elegantemente encuadernadas en cuero, con incrustaciones de oro y en relieve, compuesta cada una de dos tomos, se venden al precio de

25 pesetas para Madrid y provincias
36 » para el extranjero

A LOS COLECCIONISTAS

DE

El Cuento Semanal

En esta Administración y en las principales librerías y kioscos de toda España, se venden ejemplares de todos los números publicados por EL CUENTO SEMANAL al precio de 30 céntimos ejemplar.

PB CM-12 XX. 2815
CB 11029372
Titn. 600481

RAMÓN MARÍA TENREIRO

LA AGONÍA DE MADRID Ó LA COLA DEL COMETA

FOLLETÍN ESPELUZNANTE

Todas las noches, merced á una bondadosa complacencia de su principal, minutos antes de cerrar la tienda, se marchaba, Pepe, de aquel almacén de paños de la calle de Toledo, donde servía como dependiente, y á toda prisa, evitando los lugares concurridos para poder correr más, ibase á buscar á su novia, que cosía en un taller de sastre en la calle del Fomento. La muchacha solía estar ya esperándolo, envuelta en su mantón oscuro, al borde de la acera. No pasaba por allí hombre alguno que no le dijera las usuales groserías; los más tímidos clavábanle una mirada de pecado; también había quien, deteniéndose unos pasos más adelante, se quedaba al acecho, juzgando que, toda mujer á quien se encuentra parada y sola, de noche, en la calle, es materia abonada para cualquier enredo. Pero Tránsito, sin responder jamás ni una palabra, apretaba los labios y encendía en sus ojos una grave mirada de desprecio. No era nada bonita: menudilla, negrucha, de boca grande, narizucas arremangadas, ojillos pequeños; mas de toda su persona, de sus crenchas sombrías, de su sonrisa, de su voz, de sus movimientos, derramábase un blando espíritu amoroso que iba sembrando anhelos.

Pepe llegaba todo sofocado.

—¿Te he hecho esperar mucho, mi bien, mi cielo?

—No, hijo, no... Acabamos de salir ahora mismo... Apenas habrán doblado la esquina mis compañeras...

En tanto él, bajo la tibia cobija del mantón, estrechaba largamente las manos suaves de la niña.

Luego, muy despacio, con ganas de no llegar nunca, por los caminos más descaminados, mirándose en los ojos, se dirigían á casa de Tránsito, donde su madre y la cena la aguardaban. Vivía, la muchacha, en una guardilla, no lejos del Viaducto, en la esquina de la calle angosta

de los Dos Mancebos. Empleaban en ir más de una hora. A veces se detenían para ver cualquier escaparate que aún estuviera abierto; en especial, las tiendas de calzado eran la admiración de Tránsito (no gastaba otro lujo, sino zapato bajo y media calada, que se ponía para pasear con su novio los domingos). Luego, en los bancos de la plaza de Oriente, había un largo alto apasionado. Sentábanse muy juntos, enlazaban sus manos, y casi bebiéndose las palabras entre los labios, iban edificando risueños planes de vida: se casarían en Octubre; para entonces, Pepe, que ya era el principal dependiente, habría ascendido á socio industrial de su tienda de paños; tendrían, en verdad, pocos recursos; pero eso no le daba cuidado á Tránsito; sabía gobernarse casi sin nada; seguiría cosiendo como de soltera; su madre se encargaría del avío de la casa; lo que es ella, teniendo cariño ya no necesitaba más... Pero de pronto, Tránsito poníase en pie sobresaltada. ¡Dios mío! Tan tarde como debía ser... y ellos se estaban allí charla que charla, mientras la madre se desesperaría de ver como se estropeaba la cena. Pepe, entonces, le rogaba que se quedara unos instantes, ¡aún tenía tanto que contarle! Y sacaba el reloj para convencerla de que era temprano.

—Tanto me fio de ti como de tu reloj... Los dos andáis igual... El otro día, en el portal de casa, me decías que aún no eran las nueve, y llegué arriba á las diez y cuarto... Buen regalo me gané de mi madre...

Por fin, muy despacio, atravesaban el Viaducto, parándose quizá en él para ver los patios de las casas de vecindad de la calle de Segovia; tenían luego unos adioses interminables, acariciándose las manos, besándose con los ojos, hasta que Tránsito, en un arranque, escapábase á la adoración de su galán y subía corriendo la escalera.

Mas, en la fecha de mi cuento (antes de la mi-



tad de Mayo), una grave preocupación general llenaba sus amorosos parloteos: el paso del cometa. Un terror milenario iba extendiéndose por la humanidad entera; en vano los periódicos, publicando tranquilizadores artículos, y los hombres de ciencia, dando conferencias, intentaban sostener el reinado de la razonable calma. La minoría de gentes cultas, reía, naturalmente, de aquellos infundados miedos; pero el pueblo, las indoctas muchedumbres de las ciudades y de los campos, temblaban de espanto, cada noche, al ver en los cielos al cometa, grande, encendido, siniestro, levantando su amenazadora cola como una lanza de fuego. Después de puesto el sol, las campanas de todas las iglesias del orbe católico, alzaban su clamor penitente, llamando á los fieles á las nocturnas rogativas, prescritas por Pío X, para que el Señor, compadeciéndose de los pecadores, alejara aquella amenaza de su santa ira de la pobrecita tierra.

Pepe, que presumía de despreocupado, como buen lector de los libros de Sempere, sobre todo, desde que una vez había obsequiado con una rodaja de merluza frita á Galdós, en una merienda radical campestre, burlábase de todos aquellos aspavientos, indignándose contra los que los cultivaban, según él, para su propio medro.

—Cállate, mujer... ¡Qué se ha de acabar el

mundo!... Sólo se acaba para el que se muere... No tuvo principio ni tendrá fin... Ya te leeré yo una obra de Buchner que lo demuestra. Eso del fin del mundo es cosa de los curas... les conviene que la gente tenga miedo para que les encarguen misas y novenas... si no fuera así, ¿quién iba á ir á la iglesia? Ya lo dice el libro de un inglés, un tío muy listo, que estoy leyendo ahora... en España tiene tanta fuerza el clero por la sequía y por los terremotos... Desengáñate, nena, si no fuéramos cobardes, ignorantes y fanáticos, no podrían vivir esos zanganotes del clero.

La buena de Tránsito, que era niña piadosa y sentía crecer su religiosidad en aquellos momentos, asustábase un poco de las terribles teorías de su amado.

—Por Dios, Pepe... no seas hereje... ni en broma digas eso...

Pero allá en lo profundo, sentíase halagada por aquella independencia de espíritu. Más lo quería de la cara amarga, que no gazmoño y encogido, de los que andan comiéndose á los santos de iglesia en iglesia.

Sin embargo, un amanecer en que, dándose el madrugón más espantoso, fué Pepe con su novia y otras amigas, á ver el cometa desde los altos del Hipódromo, después de haberse ido bur-



lando durante todo el camino de los temores de las muchachas, al ver aquel gran astro que ascendía del horizonte y levantaba su cola como un surtidor de lumbre gigantesco, no pudo evitar un leve movimiento de terror y apretó el brazo de Tránsito como para defenderla.

En medio de un grupo de curiosos encontraron un ambulante astrónomo, que había establecido un desmesurado catalejo al borde del canalillo.

—Vean, vean, señores. Sólo por diez céntimos pueden contemplar ustedes al cometa de Halley á una distancia menor de diez metros, tan de cerca como me ven á mi á simple vista... Admirarán el flamígero esplendor de su cola, el brillo incandescente de su núcleo... sólo por diez céntimos...

Tránsito quiso ver. Inclinóse para aproximar su vista á la lente, y apenas había comenzado á darle las usuales explicaciones el estrellero: —El cometa de Halley, llamado así del nombre del célebre astrónomo...—cuando ella se irguió despavorida:

—¡Jesús!... ¡Dios mío!... ¡Qué inmensidad de fuego!... ¡Si parece que está ardiendo el mundo entero!

—Mire usted más, joven; observe usted la cola que tiende su flúido hasta unos ochenta millones de kilómetros del núcleo del astro...

—No, no; no quiero ver más... no quiero ver más—. Y le explicaba luego á Pepe:—Con lo que he visto, tengo ya bastante para no poder pegar ojo esta noche... Buena le ponen á una la cabeza las cosas que oye en el taller... ¡Más de una semana hace que sueño á diario con el cometa!...

Los Cuatro Caminos, el Hipódromo, las Ventas, mucho antes del alba, con gran alegría de los vendedores de rosquillas y aguardiente, estaban siempre llenos de una muchedumbre medrosa y preocupada que contemplaba la lenta ascensión de aquella luminaria celeste. Las más terroríficas invenciones iban de boca en boca y encontraban fe en el maravillado espíritu colectivo. Los propaladores no solían ser simples creyentes, sino burlones maliciosos que se divertían á costa de la ignorancia bárbara del pueblo.

—Fijense bien—decía un mozalbete, aproximándose á un grupo de extáticas comadres, acaso verduleras de la plaza de la Cebada—. Fíjense bien, en lo oscuro del cielo, se ve el puño del arcángel que sostiene al cometa.

—¿Un arcángel?

—Pues claro... El cometa es su espada de fuego. Ahora se está quieto, puesto en guardia. Pero dentro de pocos días, son sólo hacer así con el brazo, como quien afeita, nos rebanará á todos la cabeza.

Y no siempre eran risas lo que provocaban tales chirigotas. Había quien, sinceramente, descubría en el cometa estupendas visiones: una roja y humeante antorcha, cabezas degolladas chorreando sangre, lanzas, flechas, espadas. Luego se refería que allá de madrugada vagaban por los cielos, lívidos y descomunales fantasmas: eran, quizá, los santos, amigos de los hombres, que impetraban misericordia en favor de los humanos. Las clases populares vivían en una deprimente angustia de leyenda; nadie, entre las gentes sencillas, tenía ya noción de las barreras de lo verosímil. Sin mayor asombro del que experimentaban al oír llegar el tranvía, que ha-

bía establecido un servicio especial de mañana, habrían escuchado las trompetas de los ángeles del postrer juicio. Así, cada noche, cuando las campanas anunciaban el comienzo de las rogativas, con manifiesto, reserva, sermón y rosario, eran pequeñas las iglesias para recibir las apenadas muchedumbres que á ellas acudían con anhelante ruego. Con lo cual, quienes hacían su agosto eran los rateros. En los Jesuítas de la calle de la Flor, en una sola noche, entre las apreturas de la entrada, fueron robados treinta y seis portamonedas, veinticuatro alfileres de corbata, diez y nueve carteras y más de ochenta pañuelos, y aún era mayor la aglomeración en San Isidro, en la iglesia del santo protector de Madrid. Había muertes para entrar á la novena. La víspera de la fiesta, era tal la masa de gentes á la puerta del templo, que fué preciso suspender la circulación de los tranvías y despejar la calle con guardias civiles á caballo: hubo un sin fin de heridos y contusos y á última hora, aplastado entre las puertas, apareció el cadáver de un niño. ¿Qué no pasaría al día siguiente, en la tarde del domingo, cuando saliera en procesión el cuerpo del santo, en su urna de plata, llevado en hombros por el presidente del Consejo y por cinco de sus ministros?

Así, todos los periódicos liberales, habían comenzado una ardorosa campaña en contra de los alarmistas eclesiásticos y del gobierno, benévolo con ellos. ¿Qué se pretendía con aquellas rogativas y procesiones? ¿Alejar al cometa? ¿Cabía en una cabeza medianamente organizada la idea de que pudiera mudarse el rumbo de un astro mediante oraciones? ¿Iba á repetirse el milagro de Jósué? Y toda aquella prensa insertaba la consabida lista de errores científicos de la Iglesia. Todo era Galileo por arriba y abajo. Lo que se proponían (según tales diarios), era fanatizar á las multitudes con el pretexto del paso del cometa, para utilizarlas después como instrumento de dominación clerical en España. Esto aparte de otras ventajas contantes y sonantes: pues se hablaba de mucha gente rica, que convencida del inminente cataclismo, hacía cuantiosos donativos á iglesias y conventos; varias damas aristocráticas, de enrevesada historia, habían renunciado á toda su fortuna en favor del dinero de San Pedro, y hasta hubo una marquesa, dama de la reina madre, que le entregó sesenta mil duros al obispo de Jaca para fundar un gran diario rotativo radical-católico (radical en el auténtico sentido de la palabra, porque iría á la propia raíz de las cuestiones, y cuyo fin era demostrar cómo la religión es compatible con cierto progreso). ¿Y cómo calificar al gobierno—según diciendo los dichos periódicos—que lejos de reprimir á esos perturbadores de la paz pública, acepta humilde su papel de comparsa en la ridícula comedia? La procesión con el cuerpo de San Isidro no podía tolerarse: era un insulto al buen sentido español; un nuevo

timbre de ignominia que añadir á nuestra vergonzosa fama mundial de reaccionarios y fanáticos.

Pero en la otra banda tampoco se mordían la lengua. Aquella catástrofe espantosa que amenazaba acabar con la humanidad, al mezclarse los gases deletéreos de la cola del cometa con la atmósfera terrestre, no era sino terrible castigo de la justicia divina por las crecientes iniquidades humanas. Era la amenaza de aquel infinito poder que en otro tiempo había enviado el azote del diluvio universal, que había destruído á Sodoma y Gomorra, más colérico ahora, porque á los viejos crímenes del corrompido ccrazón de los hombres, se había juntado modernamente una nueva maldad, más proterva ella sola, que todas las otras reunidas, más infame que el asesinato, el robo y el estupro, porque era la traición total á los mandamientos de Dios, obra perfecta de Satanás: el liberalismo. Y la única manera de alejar de la tierra el espantable peligro, sería que todos los hombres, en un acto de contrición, renunciaran á aquellas infernales ideas, dejaran las suscripciones de la mala prensa y humildemente retornaran al seno maternal de la Iglesia. Mientras hubiera un solo liberal, uno solo, subsistiría el peligro horrendo.

Tal era el tema de una infinidad de artículos en diarios y semanarios, el asunto de casi todos los sermones predicados en las rogativas, y tanta fué la elocuencia de algunos oradores, que cierta noche, por ejemplo, la elegante juventud de los Luises, inflamada en celestial ardor por la palabra de un padre jesuíta, acudió en masa á la calle de Arlabán á apedrear la redacción de *España Nueva*, obsequio que les fué finamente devuelto antes de las veinticuatro horas por una turba de desarrapados arrapiezos. Desde muchos años antes, nunca había estado tan á punto de trastornarse el orden público por una cuestión cuasi teológica, como en aquellos memorables días, anteriores al paso del cometa. Católicos y radicales, esperaban inquietos el amanecer del día de San Isidro, con el arma al brazo y dispuestos á convertir la procesión en un combate.

Y por el abrasado ambiente de africanas pasiones, en que se movían los fanáticos espíritus de uno y otro partido, pasaban sin dejar huella las razonables palabras de los astrónomos, que aseguraban no haber ni el más remoto motivo de alarma. Aun cuando en la cola del cometa hubiera óxido de carbono, cianógeno y otros venenos más, igualmente temibles, como resultaba del análisis espectral, la densidad de la atmósfera terrestre nos serviría de blindaje protector, impenetrable para aquellos vapores tenuísimos. Lo único posible era, que en la noche del 19, se disfrutara, acaso, del astral espectáculo de una copiosa lluvia de estrellas, ó quizá de una espléndida aurora boreal, producida por los tras-

tornos que en la electricidad atmosférica causara el cometa.

*
**

El sábado, á mediodía, le había dicho a Tránsito su madre:

—Mañana no te irás por ahí de pendón con tu novio... con eso del cometa no estamos para fiestas... Vendrás conmigo á San Andrés á la función de desagravio.

La niña no protestó. Estaba tan asustada aquellos días, que se levantaba una hora más temprano, por las mañanas, para ir á misa antes de entrar en el taller, y se pasaba el día rezando estaciones al compás de la aguja. ¡Dios mío! Sería verdad... Tendría ella también que morir en su encendida juventud, renunciar á su Pepe... No... eso no... eso no... Y una noche, en el banco de la plaza de Oriente, mareada por las palabras de lumbre de su novio, le había confesado con mucha vergüenza:

—Mira tú, Pepe... Si supiera que se acababa el mundo... si lo supiera de fijo... Nada me se importaba por el decir de las gentes... Sin casarnos ni nada me iba contigo... á donde tu quisieras.

El galán le estrechó las manos, cerrando los ojos, por esconder un fugitivo mal deseo pronto disipado: su cariño estaba lleno de limpieza y respetos. Sentía por Tránsito lo que no le había inspirado mujer alguna: un afecto tranquilo, sereno, lleno de tierna confianza. Había leído, en

una edición barata, *El cantar de Salomón*, comentado por Renán: «Hermana mía, esposa», decíale desde entonces á Tránsito...

También Pepe hubo de resignarse cuando Tránsito le dijo que no saldría con él el domingo por la tarde. Así, yendo él solo, no perdería detalle de las peticiones que en la procesión se armaran. La niña le suplicó largamente que no se metiera en cosa alguna, que ya que no creyente, fuera, por lo menos, respetuoso con las cosas santas, y él hubo de prometer cuanto ella quiso.

Cerca de las once de la noche, volvíase hacia su casa, por la calle de Bailén, cuando encontró á dos de sus colegas de mostrador.

—Vente con nosotros al Kursaal—le dijeron—. Al debut de la Bella Cometa.

Después de defenderse un poco, avergonzado por las burlas de aquellos amigos, que se reían de que no hubiera para él otra diversión que hablar con su novia, se dejó llevar al espectáculo. Fueron saliendo, primero, muchas danzarinas y cantadoras, y á lo último, preludió la orquesta una cuadrilla, levantóse el telón, descubriendo un fondo de cielo, y apareció, envuelta en tules, una rubia mozuela, quien, entre piruetas, con vulgar vocecilla, cantó una quisicosa que comenzaba de este modo:

Dicen que viene un astro
temible por demás,
armado de gran rabo,
¡Ay que miedo, mamá!





Y entre copla y copla, arremangándose las faldas, trotaba de extremo á extremo de la escena, repitiendo el estribillo:

¡Eh! ¡eh! ¡hola!
Recójase usted la cola...

pronto coreado por el público.

Marchóse después la artista, comenzaron los músicos un lento vals voluptuoso, y se apagaron las luces del teatro quedando sólo en el escenario un suave resplandor lunar. Surgió entonces de nuevo la bailarina, envuelta en sus tules, y con reposados gestos de danza, se fué despojando de ellos, hasta quedar desnuda, inmóvil, con una tenue estrella encendida sobre la frente. Y rugían los espectadores:

—¡Luz!... ¡Luz!... ¡Más luz!... ¡Que enciendan más luz!

Pero el telón caía ya lentamente. Pepe salió de allí, asqueado de la necia lubricidad colectiva, sintiéndose impuro de haber respirado aquellos aires livianos.

A la siguiente mañana, muy tarde, cuando aún estaba Pepe arrebujado en las sábanas, gozando de la pereza dominguera, entró en su cuarto, iracundo, un mozo radical, amigo suyo.

—Está bien, hombre; eso es... Metido en la cama á las once de la mañana... y los demás jugándonos la vida por esas calles en defensa del progreso.

—¿Pero qué pasa?

—¿Pero es que no lo sabes? Hay palos en la Pradera... Quieren esos cerdos que no haya fiesta este año... nada más que rezar en la capilla. Ni meriendas, ni bailes... Esta mañana, á las nueve, nos fuimos allá los cuatro dependientes de mi camisería... con una buena cesta, una buena bota y tres hembras de trapío... A comer, á bailar y á lo que se terciara... Estaba aquello que ni un camposanto, ¡chico!... Ni un piano, ni un puesto de vinos; todo lo habían hecho retirar de madrugada los carcas esos... A la puerta de la capilla la mar de beatería rezando á coro no sé qué latines... ¡Una indecencia!... Yo fui y dije: «Este es buen sitio para tomar un bocado.» Pero aún no habíamos abierto la cesta de la merienda cuando se nos acercaron diez ó doce gachós armados de trancas, y uno nos dijo, dice: «Este año no se consienten comilonas en la Pradera: A comer á su casa.» Y yo le dije, digo: «¿Es usted Méndez Alanís, por un casual?» Y él me dijo, dice: «Soy comisionado del Círculo de obreros católicos de San José, para hacer

que se guarde el debido respeto al Santo cuya fiesta se celebra en esa capilla.» Y yo le dije, digo: «Pues tanto me se importa por el santo, como por el Círculo y por usted... ¡A comer, compañeros!» Y no había acabado de decirlo cuando cayó una mano de palos sobre nosotros, que tuvimos que correr... no íbamos preparados... Mira, mira el chichón que me hicieron en esta parte de la cabeza... ¡y que escuece el condenado!... Pero por la tarde será la nuestra... Todo Madrid estará en armas... Quieren guerra, pues han de tenerla... Habrá muertes en la procesión... Hemos de bailar la machicha delante de ellos... ¡Canallas!...

Pepe, sentado en la cama, mostrando el pecho flaco por la entreabierta elástica, interrumpía á su amigo con frases de indignación. ¿Cómo había sido posible semejante atropello? ¿No había allí policía para amparar á los ciudadanos en el ejercicio de sus derechos?...

Sí, sí; buena estaba la policía... Llegaba tarde á todas las broncas y prendía á los juerguistas pacíficos en vez de detener á las partidas de alborotadores... La policía y el gobierno y todas las autoridades estaban conformes en impedir que aquel año hubiera fiesta... ¡Si era para salir á tiros por las calles!

Y se fué, maldiciendo de ira, después de haberse lavado el chichón con agua fresca.

Poco después salía también Pepe. Habíale prometido á Tránsito que no tomaría parte en las revueltas que pudiera haber; pero ahora sentíase arrebatado de bética rabia... Sería un cobarde si no luchara contra los infames ene-

migos de la libertad. En la calle del Grafal adquirió un revólver en la casa de empeño de un conocido suyo, y antes de las dos de la tarde, habiendo apenas comido, estaba ya á la vista de la catedral de San Isidro, aguardando la hora de la procesión en medio de un creciente grupo de descontentos. Al otro lado de la calle, á las puertas del templo, iba engrosando también el número de celosos devotos; muchos venían piadosamente armados de cirios. De banda á banda, en un denso silencio, cruzábanse ardorosas miradas de odio.

Antes de las tres estuvieron ya á punto de romperse las hostilidades. Por la calle abajo, siguiendo á la cruz de su parroquia, venía una larga formación de penitentes con el escapulario al cuello. Cantaban en coro:

Desespérate, Satanás,
que no reinarás,
que no reinarás en España.
Por mucha que sea tu saña,
jamás, jamás,
en España reinarás...

Del grupo de rebeldes, compuesto ya de muchos centenares, brotó una silba estrepitosa, mezclada con gritos diversos. Los otros se apercebían á la defensa. Pero hubo quien aconsejó prudencia á los que protestaban:

—Ahora no... todavía no, que aún somos pocos... hay que esperar á que esté la procesión en la calle... Entonces será el momento...

Y así arribaron, entre místicos cánticos,

«Ruja el infierno, brame Salán»,



los fieles de otras parroquias, los cofrades de muchas hermandades, con banderas y estandartes, sin que á su paso se oyeran más que algunas aisladas amenazas :

—Luego... luego... ya rugiréis vosotros, chupacirios...

Hacía un calor pesado y angustioso. Una gran nube negra iba cubriendo el cielo. Ya no era posible pasar por delante de San Isidro: la masa de devotos, agrupados al pie de sus santas enseñas, llenaba totalmente la calle. Por las laterales, llegaban en sus automóviles grandes damas, vestidas de humildad, que no podían evitar un calofrío de repugnancia al tener que apearse del vehículo antes de llegar al templo, cruzando por medio de la grosera muchedumbre enemiga, que no las dispensaba de escuchar injurias y blasfemias. ¡Pero qué no harían ellas por el triunfo de la causa santa de la Iglesia! ¡El Sagrado Corazón se lo tendría en cuenta! La llegada de un ministro en su coche de galonados lacayos, fué ocasión de las primeras escaramuzas. Pretendíase que el ilustre prócer fuera en el carruaje hasta las escaleras del templo; pero, por más que gritaba el cochero, por más que arreaba los caballos lucidos, no logró romper la compacta barrera de revoltosos que interrumpía el paso en la esquina de la Concepción Jerónima.

—¡Fuera el coche! ¡Fuera el coche!—era el clamor de las masas—. ¡Qué vaya á pie como todos!...

Intentó entonces el cochero volver atrás, para acercarse á San Isidro por alguna de las calles menos concurridas, pero era ya imposible dar la vuelta: coche y caballos estaban como clavados en medio del gentío; á través de los vidrios, el personaje y sus acompañantes veían el montón de rostros coléricos que miraban al interior del vehículo vomitando injurias. Tras un momento de duda, resolvióse el funcionario á bajarse allí mismo del coche y atravesar á pie por medio de las multitudes amenazadoras. Con una conducta valerosa de su parte, podría quizá terminar en paz aquel conflicto. Ya se disponía á abrir la portezuela para echar pie á tierra, cuando apareció una nube de agentes de policía, con los sables desenvainados, y aunque el popular personaje, con medio cuerpo fuera de la ventanilla, encargó repetidamente que no se hiciera daño al pueblo, los otros, repartiendo charrascazos, lograron abrir brecha entre los rebeldes, por la cual partió al galope el oficial carruaje. Tan rápida fué la arrancada, que el ministro, quien seguía aún en pie recomendando paz, se desplomó violentamente en el fondo del coche. Hubo unas cuantas personas atropelladas en la vertiginosa carrera, tres de las cuales quedaron por el suelo heridas malamente. Sobre el vehículo cayeron entonces abundantes pedradas, que rebotaban en la brillante caja; rompióse el vidrio de una de las portezuelas y el

secretario fué lesionado en la frente; el lacayo perdió también su sombrero de copa en la refriega. Cuando entre las filas del piadoso público, el cual, vibrando de indignación, saludaba con vivas al personaje, se detuvo el coche á la puerta del templo, vióse con ira que una de las bestias de tiro derramaba un torrente de sangre por el pecho; sin dar tiempo á ser desenganchada cayó muerta sobre las enrojecidas piedras de la calle: una bárbara faca había sido hundida en su cuerpo. La otra tenía también heridas en las ancas.

Aquel atropello hizo comprender á las autoridades, ya reunidas allí, que no se podía pensar en la salida de la procesión sin haber limpiado antes, de gentes levantiscas, las calles: á la Guardia civil de á caballo, prudentemente apostada en las plazas del Rastro y del Progreso, fué encomendada aquella empresa. Pepe, que había conseguido deslizarse hasta las escaleras de la catedral, entre estandartes y devotos, vió aparecer los tricornos por la esquina de la calle de la Colegiata y luego por la de los Estudios. Avanzaban despacio los civiles, con los sables desenvainados; á su vista, levantóse recia chillería; los alborotadores, ni aun bajo la amenaza de las patas de los caballos, querían dejar sus puestos. Ya se había dispuesto dar una carga, cuando los elementos vinieron en auxilio de los poderes públicos: la nube negrísima que había cubierto el cielo, cambiando en trágico crepúsculo la alegría de sol que bañaba la calle poco antes, abrióse de pronto y soltó de su seno la más espantosa granizada. Fué lluvia de metralla el inesperado pedrisco: todo eran chasquidos de cristales rotos, restallar del granizo al chocar contra las fachadas de las casas y las losas de la calle; gritaría de fugitivos que querían librarse del azote cruel de la pedrea; estrépito de herraduras de los encabritados caballos de los guardias. A los diez minutos de comenzar el meteoro, no quedaban en toda la calle sino estandartes caídos, cirios, bastones, zapatos, sombreros, abandonados en la huída por los partidarios de uno y otro bando, igualmente castigados por el cielo.

No era menor la confusión dentro del templo: rotos los ventanales de la cúpula, con fragor espantable, caían los proyectiles celestes hiriendo sin piedad á los angustiados fieles. Todos creían que era llegado ya el fin de los tiempos; clamaban al Señor los unos, pidiendo misericordia; otros, los más, juzgando que se hundía la iglesia, precipitábanse hacia las puertas, pisoteando á las arrodilladas gentes, tropezando allí con los que, escapando de la calle, buscaban refugio bajo las bóvedas del templo, y hubo entonces una terrible escena de clamores, golpes y aullidos, entre la muchedumbre enloquecida; un bestial desbordamiento de cobardes instintos, asomados á los rostros delirantes, dando fuerza á los puños rabiosos con que todos trataban de



abrirse vereda pasando por encima de los cuerpos caídos. Tres muertos y cuarenta y seis heridos graves quedaron entre los destrozados canceles y las verjas. «El barranco del Lobo clerical» llamaban aquella noche los diarios á la calle de Toledo.

*
**

Ni que decir tiene que no hubo procesión aquella tarde. En menor escala, por todas partes, en iglesias, cafés y teatros, habían acaecido episodios análogos. La espantable carátula del pánico hizo sus muecas sobre Madrid entero.

Amaneció el lunes, con un gesto de estupor y fatiga, en el alma de todos. No tenían columnas bastantes los periódicos para referir los detalles de la sangrienta tragedia, y el pueblo leía las descripciones despeluznantes, estremeciéndose de horror y de vergüenza. ¿Cómo es posible que yo, buen ciudadano pacífico, haya roto cráneos á puñetazos, haya aplastado humanos pechos, haya pisoteado masas de viviente carne?

El espanto de los dominicales desmanes hizo que las gentes se olvidaran un poco del cometa, el cual, además, había dejado ya de ser visible. De nada servía levantarse temprano para verlo; las turbas madrugueras volvíanse á sus hogares chasqueadas, desmazaladas y muertas de sueño. El cometa acechaba, envuelto en las cegadoras olas de lumbre del padre sol. De donde venía la vida, amenazaba la muerte.

Asegurábase que, por evitar nuevas perturbaciones de orden público, habían renunciado á

hacer la rogativa por las calles; tal les dijo aquella mañana el Presidente del Consejo á los periodistas en su inevitable y copiosa charla de cada día. Mas luego mediaron algunas misteriosas influencias: hablóse de una visita del Nuncio á cierta encopetada dama; de haber sido llamado Canalejas á no sé qué caserón aristocrático, estando el amo ausente... El caso fué que, antes de las veinticuatro horas, en su inmediato plique con los chicos de la prensa, entre dos floridos rasgos de ingenio, rectificó el Presidente sus anteriores noticias. Habría procesión; nunca se había pensado en suprimirla; sería en la tarde del miércoles, fecha del peligró supremo.

Fué aquello señal del advenimiento de la violencia. Por la noche, muchos periódicos dijeron tamañas atrocidades contra los altos poderes celestes y terrenos, que fueron denunciados y recogidos. Faltando la válvula de los diarios para desahogar la curiosidad del público, circulaban de boca en boca emocionantes nuevas, por cafés, colmados, tertulias y por los grupos de callejantes nocherniegos: decían, los unos, que había sido encontrada una terrible máquina explosiva dentro de la urna del Santo, provista de un aparato de relojería, que la hubiera hecho estallar cuando la procesión estuviera en la calle; narraban otros el descubrimiento de una conjura de políticos, con Moret al frente, quien había escrito ya una de sus primorosas cartitas al amo del nacional cotarro, anunciándole su inminente salida hacia el desierto (dromedarios para el viaje no habían de faltarle en el partido), en el caso de que la procesión no se suspendiera.

Palpitaba en el inquieto ambiente colectivo la inminencia de sucesos trágicos, como en arduo día veraniego la proximidad de una tormenta. Los tímidos burgueses, al meterse aquella noche entre las sábanas, decíanle á la esposa honesta que les había cabido en suerte:—; Buena va á ser la que se arme mañana!... Será prudente que no mandes los niños á la escuela... ¿Qué tal la provisión de conservas de la despensa?... A lo mejor, ni las tiendas abren—. Pero á los diez minutos enviaban á los cielos la sonora oración de sus ronquidos, durmiendo lado á lado, en santa paz conyugal, como dos angelotes sudorosos y grasientos.

Tales novelescos rumores no dejaban de corresponder á algo efectivo. La conjunción de republicanos y socialistas había dispuesto, con el mayor sigilo, la huelga general para el miércoles como protesta contra el patente clericalis-

mo del Gobierno, proponiéndose estorbar así la callejera manifestación católica. Era consigna, la de mantenerse en pacífica reserva hasta la hora de la procesión y emplear entonces cuantos medios fueran posibles para impedirlo. A las diez de la noche llegó el soplo de todo aquello al Gobierno; reunidos los ministros, acordaron acuartelar las tropas y detener, antes de la madrugada, á los probables cabecillas del movimiento. Mas en vano recorrió la policía los centros radicales y los domicilios de los jefes de los rebeldes: ni uno solo de ellos fué encontrado.

La mañana de miércoles transcurrió en fosca calma turbada solamente

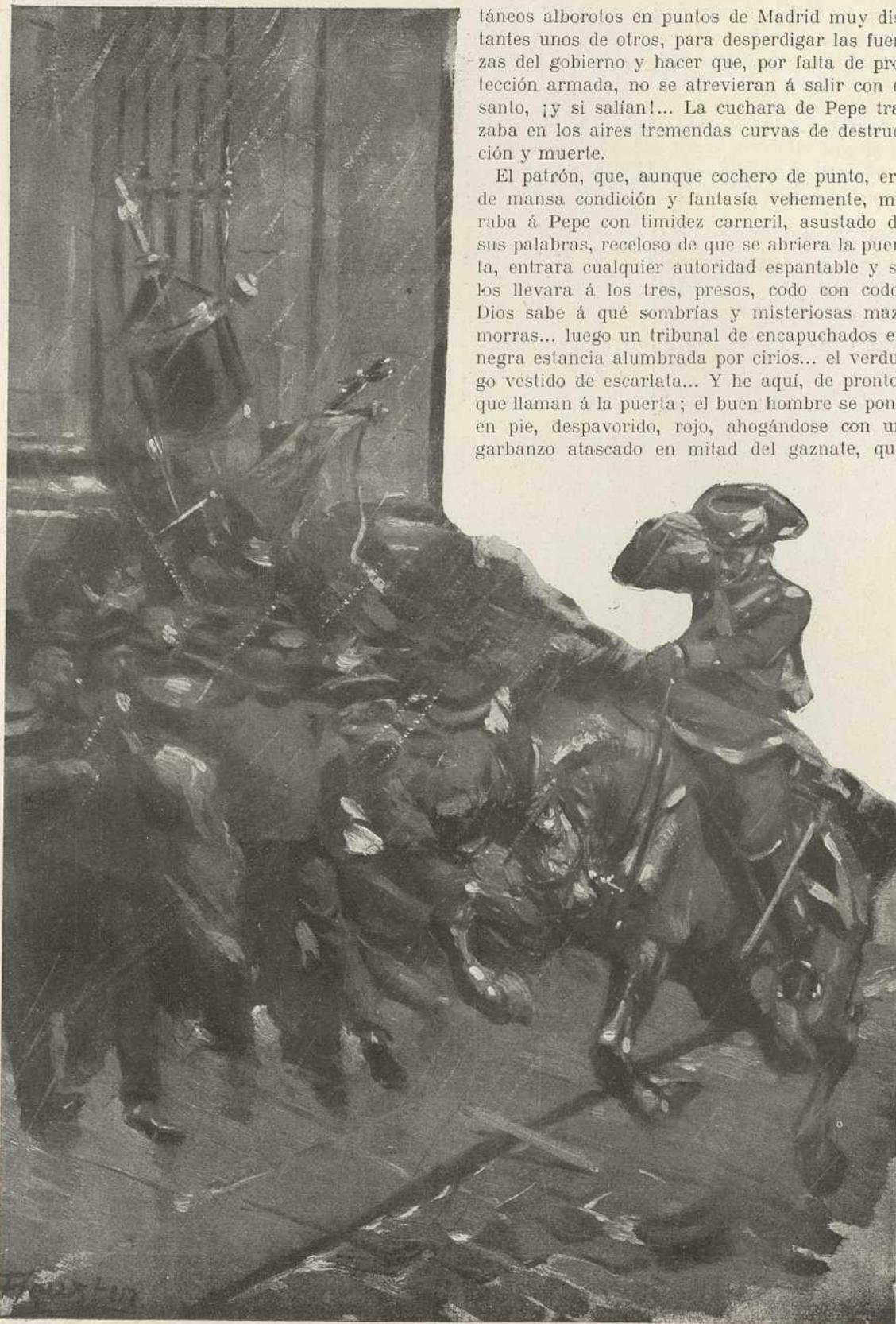
por las peticiones promovidas en las contadas obras y talleres donde no habían suspendido los trabajos. Las tiendas, casi sin excepción, estaban cerradas. Y desde que empezó á decirse que dos almacenes de comestibles de la calle de Atocha habían sido saqueados, no quedaron abiertas las puertas en ninguna. Apenas hubo que comprar tampoco en los puestos de los mercados. Por las calles entristecidas iban de prisa escasos transeuntes, en demanda del refugio del

hogar, temiendo oír, en cualquier momento, al doblar de cada esquina, el espantable clamor de la revolución. No circulaban coches; de raro en raro, veíase pasar algún

tranvía, conducido por un ingeniero de la empresa, lleno de guardias civiles para defenderlo; pero nadie se atrevía á embarcarse en aquellos peligrosos viajes. Hacia mediodía, en todo Madrid, reinaba un silencio angustioso y expectante, sólo turbado por las herraduras de los caballos de la Guardia civil que patrullaban las calles.

A la una llegó Pepe á su casa para tomar un bocado antes de la refriega. Vivía en la calle del Amparo, en casa de un matrimonio de paisanos y parientes suyos. Toda la noche anterior y la mañana, se las había pasado, con otros compañeros, recorriendo tabernas y centros de reunión de radicales, llevando noticias y haciendo circular órdenes bélicas. Ahora, encendido de entusiasmo, blandiendo la cuchara, con que embaulaba los garbanzos, con amplio ademán guerrero, les iba contando á sus patronos el plan de la futura pelea. Tratábase de provocar simul-





táneos alborotos en puntos de Madrid muy distantes unos de otros, para desperdigar las fuerzas del gobierno y hacer que, por falta de protección armada, no se atrevieran á salir con el santo, ¡y si salían!... La cuchara de Pepe trazaba en los aires tremendas curvas de destrucción y muerte.

El patrón, que, aunque cochero de punto, era de mansa condición y fantasía vehemente, miraba á Pepe con timidez carneril, asustado de sus palabras, receloso de que se abriera la puerta, entrara cualquier autoridad espantable y se los llevara á los tres, presos, codo con codo, Dios sabe á qué sombrías y misteriosas mazmorras... luego un tribunal de encapuchados en negra estancia alumbrada por cirios... el verdugo vestido de escarlata... Y he aquí, de pronto, que llaman á la puerta; el buen hombre se pone en pie, despavorido, rojo, ahogándose con un garbanzo atascado en mitad del gznate, que

amenaza con ahorrarle fatigas al ajusticiador. Era una vecina que pedía un vaso de agua del fresco botijo. El prudente auriga logró decirle á Pepe con voz apenas perceptible:

—¡Cállate!... ¡Cállate!... ¡Por todos los santos!...

Pero su esposa, brava amazona de las de plancha en ristre, que lo mismo sacaba brillo de la pechera de una camisola que de las pacíficas narices conyugales, y que se reía de las bravatas de su demoleador pariente, dijole enojada, no bien hubo salido la vecina:

—Sí, sí... buena paliza os vais á llevar... Y bien empleada os estará, por zánganos... Sois como los chicos de la escuela: todo lo arregláis con no ir al trabajo... ¡Cuánto mejor no estarías tú midiendo varas de paño en tu tienda, que no metido en lo que no te importa!... ¡Eso, hombre, en lo que no te importa... Porque, me querrás tú decir á mí ¿qué os va ni qué os viene á vosotros, tíos pelmazos, con que la procesión salga á la calle ó se quede en la iglesia?... ¿Qué callo os pisan ó qué costilla os muelen con eso?... Y entretanto, una, que tiene que sudar para sostener su casa á fuerza de puños, sin poder trabajar porque está el taller cerrado... Y todo por culpa de los holgazanes estos... ¡Si os debían barrer á metrallazos!... Tú, claro, harás lo que quieras... para eso eres libre... en tus cosas no me meto... pero no trates de son-sacaros á mi marido... que éste no se mueve de aquí en toda la tarde...

El apocado varón, puesto feliz término á la empresa de deglutir aquel garbanzo traidor, con lacrimosos ojos y corazón que vibraba como élitro de grillo, repuso dulcemente:

—No, no... no me meteré en nada... te juro que no me meteré en nada...

Pepe, después de haberle lanzado una ojeada desdeñosa, cortó la disputa, levantándose bruscamente de la mesa. Ya de pie, carraspeó recio, se bebió un vasazo de vino y se marchó sin hacer caso de las iradas frases de su parienta, que le decía que, si era herido, no se le antojara venir á casa á curarse... que se fuera al hospital ó al infierno...

Ya en la calle, pudo apenas vencer la tentación de ir un momento á ver á Tránsito. ¡Quién sabe! Muy bien podían matarlo ó herirlo en la lucha y no quería dejar la sabrosa vida sin ver una vez más á su novia, sin sentirla alentar á su lado, sin decirle cómo de su cariño rebosaba su pecho...

La víspera, de noche, se habían separado reñidos: exigía la niña que Pepe se alejara de los revolucionarios, que no participara en las anunciadas revueltas: afirmaba él que era ineludible deber suyo el de ayudar á sus compañeros, él de morir, si era preciso, por el triunfo del progreso. Largo tiempo habían disculido sin lograr convencerse, y, por último, agotados los medios de paz, Tránsito se había ido furiosa, sin

decirle ni adiós. Era la primera vez que les acacía aquello.

Hacia la casa de su novia iba, y bien de prisa, que á las dos y media ya quería estar en la Plaza Mayor esperando los sucesos, cuando al embocar la calle de la Encomienda vióla ocupada por una compañía de soldados. —¡Atrás, paisano; por aquí no hay paso!—le dijeron—. Más tropa había en la calle de Juanelo y en la del Duque de Rivas; en la Plaza del Progreso encontró un escuadrón de caballería; por la Concepción Jerónima rodaban cañones. Tras las Cruzas del ejército agolpábase una muchedumbre enojada y clamorosa. Acababan de despejar la calle de Toledo y la Plaza Mayor, trayecto único que la procesión recorrería, y todas las bocacalles estaban ocupadas militarmente. Decíase que por las casas del tránsito andaba la policía haciendo detenciones para evitar cualquier atentado desde las ventanas. Las gentes piadosas, que debían figurar en la comitiva, llegaban una á una, sin señal exterior que descubriellas pudiera, y no atravesaban las filas de soldados sin dar el santo y seña. Pepe intentó en vano forzar la consigna á pretexto de ir á la tienda, de donde era dependiente, cumpliendo órdenes de su principal. Hasta las seis de la tarde no le sería permitido pasar á nadie.

Volvíase desesperanzado, pensando ya que estaban deshechos todos los planes rebeldes, cuando un solemne eclesiástico, ampliamente rebocado en su manteo, le indicó que se le acercara, haciéndole un suave signo con la mano. A punto estuvo Pepe de seguir su camino, sin más que lanzar un grosero insulto á los oídos del sacerdote, cuando en el afeitado semblante que aparecía bajo la teja clerical, creyó reconocer facciones amigas; sí, era un rostro que él había visto recientemente, quizá aquella noche misma... El «escuche, hijo mío» con que lo acogió el tonsurado, acabó de limpiarle de telarañas la memoria: era Soriano.

—¿Qué quiere usted, don Rodrigo.

—¡Chito!... Nada de nombres. Váyase en seguida á la Casa del Pueblo y diga de mi parte que aquí nada hay que hacer; pero que mientras la fuerza pública esté en este sitio reconcentrada, Madrid es nuestro... Que aprovechen el tiempo para levantar fuertes barricadas. De noche será la pelea.

Más que á paso, marchóse Pepe á desempeñar aquella comisión que lo enorgullecía.

La llegada de nuevas tropas obligó á un rodeo: por la Carrera iba, cuando oyó grandes voces, mueras y silbidos, en la calle de Cedaceros. Acercóse allí por ver lo que ocurría. Un compacto gentío agolpábase frente á los Luises; cerrado estaba el portal y cerradas las persianas de los balcones. Crecía la ira de los alborotadores con el aire desdeñoso del edificio, que parecía desafiar á las masas, confiando en su propia fortaleza, sin tener un solo policía para guar-

darlo. Una pedrada restalló contra las persianas; luego muchas otras.

—¡Hay que volar la puerta!— gritaban muchos—. ¡Hay que volar la puerta!... ¡Queremos entrar!... ¡A ver dónde se esconden los santitos esos!...

Hubo alguien que llegó con un paquete de pólvora, púsole en el umbral al pie de los batientes, prendió fuego á la mecha...

—¡Atrás!... ¡Atrás todos!... ¡Atrás!... ¡Que va á estallar!

Con mucho trabajo, los que estaban en pri-

mor desesperado del pánico colectivo. ¿A dónde iba él? ¿Por qué andaba por aquellos sitios?... ¡Ah! sí, el encargo de Soriano... Y de nuevo se encaminó hacia la Casa del Pueblo, exhausto de ánimos por la sangría del miedo. Las calles, llenas de sol, estaban mudas y hurañas, con las casas cerradas, sin transeunte alguno. Por la de Peligros marchaba lentamente; oyó gran alboroto en la del Caballero de Gracia: los sediciosos habían conseguido entrar en una capilla; con petróleo habían rociado el suelo y los altares, y el templo entero hallábase conver-



mera fila, lograron retirarse unos cuantos metros, dejando ante la puerta un ancho espacio vacío. Hubo unos instantes de medrosa ansiedad... Luego vino la sacudida terrible, que dejó aturdidos á todos, y caídos por tierra á los más próximos. La puerta, sin embargo, resistió firme. Entonces, por las rendijas de las persianas, dispararon los siliados una lluvia de balas, que cayeron sobre los asaltantes con silbido mortífero. La inesperada defensa dió al traste con el valor de los más bravos. Todos salieron huyendo, desalados, perseguidos por el fuego de los fusiles, la calle quedó sembrada de despojos sangrientos. Sin saber cómo, encontré Pepe corriendo por la calle de Alcalá. Frente á La Equilativa, se detuvo para tomar aliento. Parecíale imposible haber escapado sin ninguna herida; creía sentir aún el manso zumbido de los proyectiles, el cla-

vido en hoguera que levantaba á los cielos la palpitación de sus llamas, agitadas como angustiados brazos que pidieran socorro. Ante la iglesia estaba el cadáver de un anciano sacerdote.

Jamás había visto Pepe tan repugnante bandada de miserias como las de aquella horda incendiaria. ¿De dónde salían aquellos seres? Hombres, mujeres y niños, flacos, hambrientos, degenerados, bramando de bárbara alegría, con sus harapos, sus lacras, sus estigmas, sus deformidades, doradas por el resplandor de la fogata, aullando en un delirio de destrucción que daba intensidad feroz á los bestiales rasgos de sus semblantes de exhombres. Algunos habían cogido vestiduras y vasos sagrados; un mozalbete borracho pavoneábase estúpidamente llevando una capa pluvial de tisú de oro sobre los

andrajos pringosos que maldubrían sus carnes. Apenas pudo reprimir, Pepe, un movimiento de indignación, ante las acciones de aquellos salvajes auxiliares, de la que él reputaba lucha por la civilización y el progreso. Todo el fondo noblote de su espíritu, estremeciase á la vista de aquel criminal desenfreno. El había soñado con una guerra hidalga, fuerza contra fuerza, en que, á la postre, venciera la causa del porvenir, mas no con crímenes é incendios. Bien le decía Tránsito que no se metiera en nada... El no tenía ninguna cosa en común con tales gentes desalmadas. Y á punto estuvo de dar vuelta desde allí mismo, irse á casa de su novia y pasar á su lado aquella tarde trágica... Pero tenía que desempeñar la comisión de Soriano... Tacharíanlo, si no, de cobarde... Decidióse á llegar hasta la Casa del Pueblo, dar su recado y marcharse en seguida en busca de Tránsito.

Por la calle del Barquillo no era posible el paso. Una gran barricada de mil revueltas cosas: maderas de construcción, carruajes, tonelería, muebles, levantábase en la bocacalle de Piamonte; tras ella, escuchábase los golpes de los picos con que eran arrancados los adoquines del suelo, el estruendoso arrastre de los pesados objetos traídos para robustecer el reparo. Por los aleros de los vecinos tejados asomaban las cabezas los vigías que atalayaban el esperado arribo de las fuerzas del gobierno. De todas las casas de la breve calle habían tomado posesión los rebeldes, y después de haber hecho salir de ellas á los moradores, habianlas vaciado de muebles, los que emplearon como material para los parapetos. Volviendo atrás, Pepe, logró atravesar la barricada de la calle de Góngora

esquina á la de Gravina, donde aún se conservaba abierto un portillo. Dentro era un hervir de atropellado trabajo: empleábanse los unos en la construcción de las defensas, amontonando heterogéneos materiales (hasta un automóvil había en la base de la de la calle de San Lucas); transportaban los otros, piedras y otros arrojadizos objetos á lo alto de las casas, para impedir, desde los tejados, que se aproximaran los asaltantes. Habíanse apoderado también del convento de las Góngoras, que no fué escaso en proporcionarles medios de combate. Pululaba por aquellas dos calles, por el monasterio y las vecinas casas, una excitada multitud de más de tres mil hombres y mujeres, no desprovistos de armas y municiones, que preparaban inquietamente su defensa. Los que en otra cosa no estaban ocupados, recorrían con profanadora curiosidad todos los recovecos del monasterio.

Al verse en medio de toda aquella febril actividad, renacieron los bélicos entusiasmos de Pepe. ¿Cómo iba á apartarse del sitio donde tantos hombres de buena voluntad iban á arriesgar su vida en defensa de ideas en las cuales también él comulgaba? ¿Los crímenes de algunos iban á justificar su cobardía al dejar morir solos á sus compañeros de siempre? Así, quedóse tras las barricadas y empleó su esfuerzo en la obra de preparar la defensa.

Ya era anochecido y aún no se habían presentado los mantenedores del orden á reducir á los rebeldes. Muchas veces había corrido la voz de que ya llegaban, y todos se habían precipitado á sus puestos de combate, pero siempre resultó ser falsa la alarma. Apenas había noticias de lo que en otros puntos de Madrid ocurría; con fre-



cuencia llegaba el estruendo de lejanas descargas, y desde las guardillas, veíanse negras columnas de humo que surtían de los edificios incendiados. Pero, en concreto, nada se sabía que permitiera colegir cómo iba la pelea.

Cúpole en suerte á Pepe, no mal pertrechado de armas arrojadas, el instalarse en el alero de un tejado en la esquina del Barquillo, donde se temía que fuera la lucha más fuerte, para acechar desde allí la llegada de los enemigos é impedirles que se acercaran á la barricada. La noche era oscura; nada se veía en la tierra sino la sangrienta luz de los incendios. Arriba, brillaba febrilmente el eterno temblor estelar. Silencio en la tenebrosa calle... Nadie se acercaba. Un reloj de torre, lento y solemne, dió nueve campanadas. En el delirio de aquella noche de odios, él sólo conservaba su mesurada cordura. Y al reproche de su voz amiga, vióse Pepe con Tránsito, en su banco de la plaza de Oriente, estrechando las palmas tibias de la niña.—¡Las nueve! Suéltame... me voy... después me dice mi madre que cada día llego más tarde—. Es que cada día te quiero yo más...—Pepe, en su puesto de rebelde, sonreía á la pasada dicha.

Pero ahora, de pronto, un sobresalto arrancó á las dulzuras del recuerdo: hacia la calle de San Lucas sonaba el retumbar de la fusilería... Ya estaban allí... De bruces al borde del tejado, empuñando el revólver, con varios proyectiles al alcance de la mano, aguardó Pepe un tiempo indefinido, oyendo el vecino fuego, toda el alma en el oído, para percibir cualquier rumor en la calle. Por un momento le pareció escuchar... sí... son pasos que se acercan... quizá una puerta que se abre... pero no, no es nada: son los latidos de su propio corazón alborotado... No quiere hacer movimiento alguno. Que crean los atacantes que por aquel lado no están defendidas las barricadas... ¿Y ahora?... ¿No es como si abrieran un balcón en la casa de enfrente?... ¿Qué?... ¿No hay algo que brilla en aquella ventana?... Prepara el revólver... Suena un disparo... Agita Pepe sus brazos en el aire, buscando apoyo; agárrase al montón de pedruscos, que con él ruedan á la calle, donde queda tendido como sanguinolento guiñapo.

*
**

Mal día fué aquel del miércoles para Tránsito. En toda la noche no había logrado dormir, imaginando los horrores que podrían ocurrirle al día siguiente á su testarudo enamorado. Hacia la mañana quedóse traspuesta unos instantes, pero despertó prontamente, atormentada por mortal pesadilla. Véalo caído en tierra, lívido, ensangrentado... Levantóse y se puso á rezar. ¡Dios mío! ¡Por qué habían de ser así los hombres!... ¡Por qué habían de odiarse y combatirse!... Luego, en otro más remoto término de su conciencia, estremeciase, cada vez que pensa-

ba, en que la próxima noche era la del paso del cometa, la del probable envenamiento de la atmósfera y de la extinción de la Humanidad entera. Quería hacerse fuerte; no, á ella no la importaba morir, pero con su novio, al lado de su Pepe.

Toda la mañana se la pasó esperándolo. A cada instante salía al rellano de la escalera y, de pechos en la barandilla, escuchaba ansiosamente los ruidos de la casa y la calle, por si sonaban en el portal las pisadas amigas. Llegó la hora de comer y apenas pudo probar bocado de aquel cocido que, por el cierre de las tiendas, tanto trabajo le había costado preparar á su madre. Y después, la tarde interminable... el ir á cada paso de su ventana, desde la cual sólo tejados se descubrían, á la puerta, en un loco saltar de la desesperación á la esperanza. La primera descarga lejana prodújole una convulsión de llanto. Luego, en un rincón, se quedó aplanada, caída en una sillita baja, mordiendo su pañuelo por ahogar los sollozos, retorciéndose de angustia á cada estampido bélico, calenturienta, enloquecida, sin encontrar ni una sombra de pensamiento en su cerebro, lleno todo por la tremenda presunción de la catástrofe. Su madre no sabía palabras con que tranquilizarla. Fué descendiendo el sol... entró un momento, piadoso, á dorar con un rayo postrero la blanca humildad de la guardilla... hubo luego luminarias de nubes ardientes en el ocaso... progresivas sombras... la noche... ¡Y Pepe sin venir! ¡Y siempre aquel bronco bramido de fusiles, que destrozaba su pobre corazón! Un momento entró en la cocina; subida á una silla, miró á ver qué descubría por el ventanuco que la alumbraba. Llamó con voz rota:

—¡Madre!... ¡Madre!...

El cruel resplandor de los incendios desgarraba las negruras nocturnas con que la ciudad envolvía sus crímenes odiosos.

Pretendía Tránsito pasar la noche en vela; revolviase, iracunda, cada vez que su madre le hablaba de irse á la cama. Allí se estaban las dos, en el diminuto cuarlito, sin más luz que la de la mariposa que sobre la cómoda ardía, al pie de una santa estampa; salmodiaba la madre rosario tras rosario; agitábase á veces la niña en un sollozo amargo, que sacudía todo su pecho lastimado. ¡Mi Pepe! ¡Mi Pepe!... Por contraste con la habitual paz de la noche, resonaban aún más trágicamente las descargas de la fusilería, los clamores de las campanas... Cesó la madre de musitar sus rezos; su respiración se hizo sonora y reposada. Tránsito la miró: estaba dormida... Y de pronto, un deseo se adueñó totalmente de su alma, tanto, que ni se le ocurrió que fuera dado resistirse á él; salir; buscar á su novio; hallarle donde fuera, y entre sus brazos, pasar de la vida á la muerte en un sueño de imposibles felicidades. Con cautela de

lobo, levantóse de la silla; descolgó la llave de la puerta del clavo donde estaba colgada; salió á la escalera; la bajó en medio de las tinieblas, sin tropezar ni hacer ruido, como si fuera un fantasma; se encontró en la calle, y, sin detenerse á cerrar la puerta, marchóse á escape... ¡Mi Pepe! ¡Mi Pepe de mi alma!

Iba corriendo, sin saber por dónde, á través de las tenebrosas calles. A las veces, al doblar una esquina, descubría algún edificio en llamas que alumbraba con horrendos fulgores la solitaria barriada. Encontró una partida de borrachos que quisieron darle caza y la hicieron apretar aún más el paso; varias veces se cruzó con compañías de soldados que acudían á defender los amenazados conventos; tropezó con cadáveres; oyó la queja de los heridos que se lamen-

No bien sonó el primer disparo cuando Tránsito salió corriendo por la calle abajo. Temblorosa como pájaro preso, encontróse sentada en un banco del paseo. ¿Por qué estaba allí? ¿Cómo había salido de su casa?... Nada supo. Vibraban en sus oídos los gritos fieros de aquellas gentes, el sonar de las balas... Debía ser muy tarde... Las estrellas se apagaban en los cielos como si ya quisiera amanecer... Intentó levantarse y no fué capaz de hacerlo... Pesábale su cuerpo como carga intolerable. De todo iba acordándose... su madre quedaba dormida en casa... Pepe quizá iba entre la horda de bárbaros que maldecía y cantaba... Bueno... allá él. En el creciente aplanamiento que la dominaba, hasta en su novio pensaba con indiferencia. Apoyó el brazo en el respaldo del banco, la frente en el brazo... Iba



taban arrastrándose sobre las piedras de la calle... De nada hizo caso. Seguía adelante, en alocada carrera, ignorando su rumbo, como una sonámbula. Y por varias partes se escuchaban los disparos de los fusiles, el retumbar de los cañones...

De repente se vió en medio de una numerosa masa de gentes que marchaban con hachas de viento y banderas, entre gritos y cánticos. Tránsito se dejó llevar por ellos. Iban á atacar la Universidad de los jesuitas de la calle de Aguilera, la que por dos veces había resistido, victoriosa, á los revolucionarios. En los almenados torreones, en las aspilleradas ventanas de aquel robusto templo de la ciencia hallábase apostada una muchedumbre de bien armados defensores, que había hecho certero fuego sobre los asaltantes, quienes, por último, huyeron en desbandada temerosa. Volvían ahora al ataque, ebrios de los fáciles triunfos alcanzados en otras partes, y con injurias y blasfemias pretendieron forzar la puertecilla de la calle de los Mártires. De las ventanas los repelieron á tiros.

á cerrar los ojos vencida de aquel cansancio, cuando notó en el cielo sin nubes un resplandor extraño que llegaba de Oriente. Era una verdosa aurora á cuyo tenue reflejo cobraban las cosas desusada apariencia.

—¡Qué amanecer tan raro!—pensó Tránsito—. ¡Qué luz tan pálida!... ¡Es como si todo tuviera cara de muerto!

Miróse las manos y quedó espantada de su lividez de cadáver. Habíanse extinguido las estrellas en el claro vapor que cubría la atmósfera. Y, entonces, notó la niña cómo se iban apagando todos los ruidos; ni descargas, ni clamores... Un sudario de silencio, más espantoso que el estruendo de antes, tendíase por la ciudad sublevada.

Una voz leve musitó entonces á su lado:

—Dios te salve, María; llena eres de gracia...

Tránsito volvióse para ver quién rezaba. A su lado, en el banco, estaba la más medrosa figura imaginable: era un anciano, ciego, de luengas barbas azuladas, cárdenas cuencas, amarillo semblante...



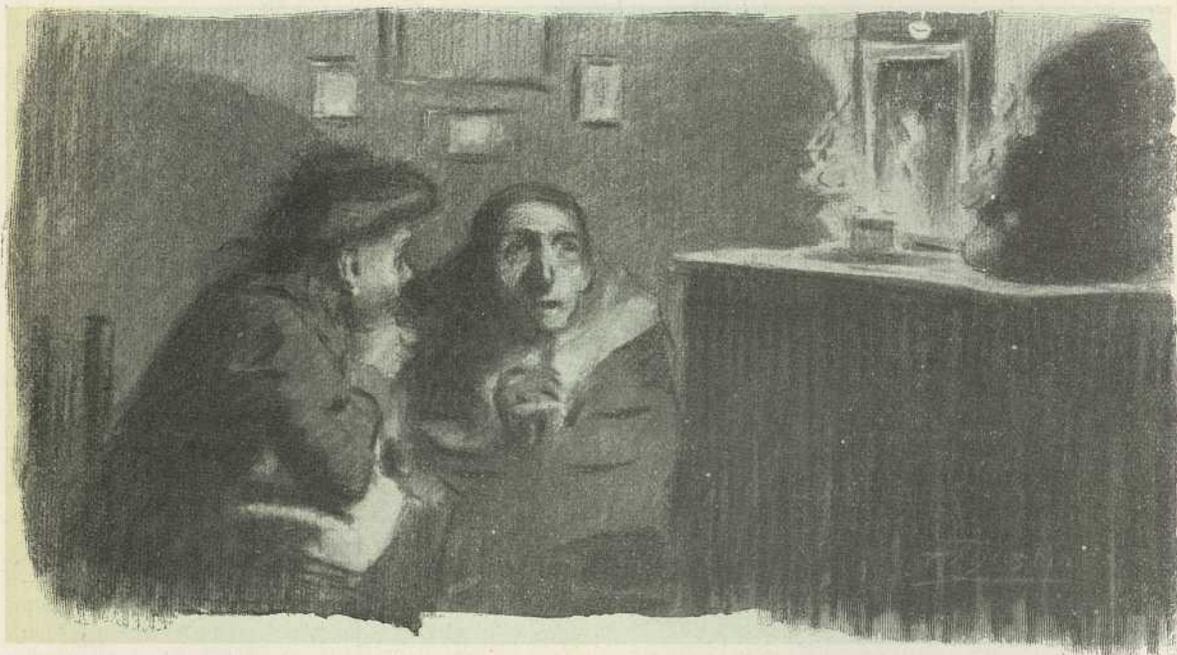
—Santa María, madre de Dios...

Tránsito, quiso huir y no pudo; luego, temblorosa, por no verlo, cerró los ojos, sintióse invadida de suave desmayo... un descanso deleitoso en el alma y en el cuerpo... luego un vacío... nada.

¿Fué aquello un sueño?... ¿La muerte?... ¿Terminó con la suya la vida sobre la tierra?... ¿No hubo después sino paz?...

**

De esta manera archiespañola, en un teológico levantamiento, puede ser la agonía y muerte de Madrid en la madrugada del 19 de Mayo del año de gracia de 1910. Mediante seis azumbres de lo línto, revelómelo una vieja y seca sibila de los barrios bajos, de lechuzesco mirar, que se había quemado las cejas aprendiendo la cábala, observando el curso de los astros, las quirománticas rayas de las manos, el vuelo de las aves proféticas, las señales de las sangrientas entrañas de las víctimas (no hay por aquellas latitu-



des ótra mejor guisandera de callos), el hermético lenguaje de los naipes y cuantos signos y agüeros permiten barruntar lo futuro en cielos y tierra.

Pero no has de espantarte, asombradiza lectora, que mi adivina muy bien pudiera haberse

equivocado. Yo, á la verdad, no le concedo entero crédito y no sé si asustarme. Digamos con Panurgo:—*Je ne crains rien fors les dangiers*. Nada temo, sino los peligros.

Así termina este sartal de embustes.

Ramón María Tenreiro.

El Cuento Semanal

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.º Jacinto Octavio Picón: *Desencanto*.
- 2.º Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconda*.
- 3.º Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.
- 4.º Eduardo Zamacois: *La cita*.
- 5.º Salvador Rueda: *La guitarra*.
- 6.º Antonio Zozaya: *La mala culpa*.
- 7.º Emilia Pardo Bazán: *Cada uno...*
- 8.º Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.
- 9.º Felipe Trigo: *Reveladoras*.
10. José Francés: *El alma viajera*.
11. Eduardo Marquina: *La caravana*.
12. Juan Pérez Zúñiga: *La Soledad del campo*.
13. Pedro de Répide: *Del Rastro á Maravillas*.
14. Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado*.
15. Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne*.
16. Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.
17. Amado Nervo: *Un sueño*.
18. Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.
19. F. Villaespesa: *El milagro de las rosas*.
20. S. y J. Álvarez Quintero: *La madreclita*.
21. Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.
22. E. Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.
23. A. Larrubiera: *La conquista del jándalo*.
24. Mauricio López-Roberts: *Las Tres Reinas*.
25. Colombine: *El tesoro del castillo*.
26. F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por malas!*
27. Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.
28. Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.
29. Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucho*.
30. Mariano Vallejo: *Deuda pagada*.
31. Arturo Reyes: *La Moruchita*.
32. Ángel Guerra: *Al «jallo»*.
33. Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas*.
34. Cristóbal de Castro: *Luna, Lunera...*
35. Ricardo J. Catarineu: *Almas errantes*.
36. Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.
37. Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga*.
38. Antonio Palomero: *Don Claudio*.
39. Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet*.
40. Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas*.
41. J. López Pinillos: *Frente al mar*.
42. Blanca de los Ríos: *Las hijas de don Juan*.
43. Julio Camba: *El destierro*.
44. Miguel Sawa: *La Muñeca*.
45. Luis Bello: *El corazón de Jesús*.
46. J. Ferrándiz: *El «Días iras» de San Huberto*.
47. A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.
48. Alberto Insúa: *Las señoritas*.
49. J. M.ª Salaverria: *El literato*.
50. Apeles Mestres: *La espada*.
51. Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor*.
52. Rafael Salillas: *Quiero ser santo*.
53. NÚMERO-ALMANAQUE: *Del camino*, por Joaquín Dicenta.
Precio: 50 céntimos.
54. Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador...*
55. Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.
56. Eduardo Marquina: *«La Muñeca»*.
57. Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.
58. Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.
59. Pedro de Répide: *El solar de la Bolera*.
60. Eduardo Zamacois: *El Collar*.
61. J. Francés: *Mientras las horas duermen*.
62. Gabriel Miró: *Nómada*.
63. Ramón A. Urbano: *El barbero del usia*.
64. Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.
65. José M.ª Matheu: *Un bonito negocio*.
66. Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.
67. Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.
68. Blanca de los Ríos: *Madrid goyesco*.
69. Felipe Sassone: *Viendo la vida*.
- 70 y 71. Benito Pérez Galdós: *Gerona*.
72. Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.
73. G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.
74. A. Hernández-Catá: *El pecado original*.
75. Arturo Reyes: *El Niño de los Caireles*.
76. F. García-Sánchez: *Historia romántica*.
77. Felipe Trigo: *El gran simpático*.
78. Ramón M. Tenreiro: *Embrujamiento*.
79. Cristóbal de Castro: *Las insaciables*.
80. Joaquín Dicenta: *La gañanía*.
81. Colombine: *Senderos de vida*.
82. Salvador Rueda: *El poema de los ojos*.
83. José Santos Chocano: *La cruz y el sol*.
84. Claudio Frollo: *Las cuatro mujeres*.
85. Eduardo Marquina: *Cornelia siniestra...*
86. Mauricio López-Roberts: *En la cuarta plana*.
87. A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel*.
88. Pedro de Répide: *Noche perdida*.
89. Manuel Ugarte: *La sombra de la madre*.
90. Pedro Mata: *Cuesta abajo*.
91. F. Serrano de la Pedrosa: *El «Emperador»*.
92. Joaquín Dicenta: *Galerna*.
93. J. Benavente: *Nuevo coloquio de los perros*.
94. A. Martínez Olmedilla: *Por dónde viene la dicha*.
95. Condesa de Pardo Bazán: *Allende la verdad*.
96. J. Ortiz de Pinedo: *La dicha humilde*.
97. Eduardo Zamacois: *El paráltico*.
98. Felipe Trigo: *Las posadas del Amor*.
99. J. M.ª Salaverria: *Mundo subterráneo*.
100. A. González-Blanco: *Un amor de provincia*.
101. J. López Pinillos: *Los enemigos*.
102. Antonio Zozaya: *La bata fría*.
103. Condesa de Pardo Bazán: *Belcebú*.
104. Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul*.
105. Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.
106. Enrique López Alarcón: *La Cruz del Cariño*.
107. J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.
108. R. Urbano: *La Santa Fe*.
109. F. Flores García: *El Padrino*.
110. G. Martínez Sierra: *Egloga*.
111. Felipe Trigo: *Lo irremediable*.
112. J. J. Lorente: *Fueros de la carne*.
113. J. Benavente: *¡A ver que hace un hombre!*
114. Cijes Aparicio: *La Venganza*.
115. F. Periquet: *Exhausto*.
116. López de Haro: *Vulgaridad*.
117. Cristóbal de Castro: *La bonita y la fea*.
118. Eugenio Sellés: *Ensueños de muñecas*.
119. Luis Calpena: *Un milagro del Arte*.
120. Pedro Mata: *La Celada de Alonso Quijano*.
121. R. del Valle-Inclán: *Una tertulia de antaño*.
122. José M.ª Matheu: *Entre el oro y la sangre*.
123. Alberto Insúa: *Cómo cambia el amor*.
124. Pedro G. Magro: *Hidalguita morisca*.
125. Ricardo León: *Amor de caridad*.
126. F. Serrano de la Pedrosa: *La bromita*.
127. Emilio Carrère: *El dolor de llegar*.
128. Eduardo Marquina: *Bato de oro*.
129. Guillermo Hernández Mir: *Pedazos de vida*.
130. José Francos Rodríguez: *La hora feliz*.
131. Eugenio Noel: *Alma de Santa*.
132. Luis de Tapia: *Ast en la Tierra...*
133. Juan A. Cavestany: *La Niña de los rubies*.
134. Luis Antón del Olmet: *Por qué soy un bohemio*.
135. E. Menéndez y Pelayo: *El Mote*.
136. Bernardo Herrero Ochoa: *La esfinge de hielo*.
137. Luis Huidobro: *Carnucho*.
138. Federico Urrecha: *El suicidio de Regúlez*.
139. J. Pous y Pagés: *El hombre bueno*.
140. Alfonso García del Busto: *Sueño de hogar*.
141. Benigno Varela: *La Terrorista*.
142. Andrés González-Blanco: *El castigo*.
143. Francisco Villaespesa: *El último Abderramán*.
144. E. Gómez Carrillo: *Nuestra Señora de los Ojos Verdes*.
145. F. Falero Marquina: *Rara Avis*.
146. Felipe Trigo: *A todo honor*.
147. Ramón Pérez de Ayala: *Sentimental Club*.
148. Carmen de Burgos (Colombine): *En la guerra*.
149. Rafael López de Haro: *Del Tajo en la Ribera*.
150. Eduardo Marquina: *Rosas de sangre*.
151. Martínez Cuenca: *Semana de Pasión*.
152. Concepción Gimeno de Flaquer: *Una Eva moderna*.
153. Alberto Insúa: *El crimen de la calle de...*
154. Carlos Fernández Shaw: *El Poema de Caracol*.
155. Luis Cánovas: *El obstáculo*.
156. Sofía Casanova: *La princesa del amor hermoso*.
157. Miguel Ramos Carrión: *La reina de los Magyares*.
158. Salvador Rueda: *El poema á la mujer*.
159. Pedro de Répide: *Un cuento de viejas*.
160. Dorio de Gádex: *Por el camino de las tonterías...*
161. Arturo Reyes: *De mi almirar*.
162. Vicente Almela: *La senda triste*.
163. Joaquín Belda: *Un baile de trajes*.
164. Carlos Miranda: *Mi niña*.
165. Benigno Varela: *Relámpagos de mi vida*.
166. Antonio M. Viérgol: *La tragedia política*.
167. Felipe Sassone: *En carne viva*.
168. Joaquín Dicenta: *El idilio de Pedr.n.*
169. Waldo A. Insúa: *Vida truncada*.
170. Prudencio Canitrot: *El señorito rural*.
171. Angela Barco: *Femina*.
172. A. Hernández Catá: *La distancia*.
173. E. Marquina: *Fin de raza*.
174. Antonio de Hoyos y Vincent: *La reconquista*.
175. Luis Huidobro: *La casa número 13*.

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO
Elvira "la Espiritual,"
POR
EMILIO CARRERE

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMÁTICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, GINGO el frasco

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay **NEURASTENIA** que se resista á su poder. Recházese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.^a

LEASE BIEN EL PROSPECTO

NOCIONES DE AGRICULTURA

POR
FERNÁNDEZ CASTAÑEDA

Catedrático de Agricultura y Director del Instituto de Cuenca y Escribano Profesor de la Escuela Normal de Madrid.

Para los alumnos de las escuelas normales y opositores á escuelas públicas.

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante **DE LA TOS**. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN VELASCO Y C.
MADRID, Calle de Alcalá, 7, MADRID

GRANDES TALLERES DE ENCUADERNACIÓN

DE

JOSÉ YAGÜES

8, NUNCIO, 8

Se hace toda clase de trabajos de encuadernación, libros ravados, etc.

Especialidad en encuadernación de revistas ilustradas.

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo. CAPELLANES, 12. Precio fijo

RUDIMENTOS DE DERECHO

Y ALGUNAS NOCIONES DE ECONOMÍA POLÍTICA

POR ESCRIBANO

- 1.º Para los alumnos de ambos sexos que cursan el Magisterio de primera enseñanza.
- 2.º Para los opositores á Cátedras de Escuelas Normales.
- 3.º Para los opositores á escuelas públicas.
- 4.º Para cuantas personas quieran poseer aquellas nociones de Derecho que obligan á todo ciudadano en un país civilizado.



¡Fumadores! EL HUROL

EL HUROL, fumado con el tabaco, lo aromatiza, destruye sus propiedades tóxicas, cura las afecciones de la boca, garganta y pecho, especialmente el catarro gástrico de los fumadores, y cura siempre las pulmonías y tuberculosis. Lo fuman á diario los principales médicos de la corte y provincias.

Frasco para 500 gramos de tabaco, 1 pta. Por correo, 1,50
MADRID - Calle de la Victoria, 6 y 8 - MADRID

EFFECTOS DE VIAJE
4, MALASAÑA, NÚM. 4 **A. BLASCO**

**PARA ESTAR AL TANTO
DE TODO EL MOVIMIENTO**

Literario

financiero

Científico

Político

Artístico & Académico

NADA COMO SUSCRIBIRSE A

ATENEEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

== LA MAS LUJOSA, IMPORTANTE Y COMPLETA ==

Publica novelas, cuentos, poesías, crónicas, artículos
de los más ilustres escritores, interesantes informa-
ciones, bibliografías, notables grabados, retratos y
autógrafos valiosos

DIRECTOR

Mariano Miguel de Val

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Y DE VENTA

ESPAÑA: Año, 24 pesetas; número suelto, 2,50 pesetas

EXTRANJERO: Año, 30 ptas.; número suelto, 3 pesetas

Los socios del Ateneo de Madrid disfrutan de un 50 por 100 de re-
baja.—Anuncios gratis á los suscriptores

Dirección y Administración: SERRANO, 27.—MADRID